

Liza Porcelli Piussi
Medida de Amor

Ilustrado por María Paula Dufour



Me enamoré de Sabrina porque la vi sentada. Si no, ni loco.

Era el primer día de clases y mi primer día en este colegio. Yo entré al aula —canchero como me había dicho mi papá que hiciera— y ella ya estaba ahí, sentada. Había otras chicas también. Digo, que había otras cabezas atrás y todas se asomaban más o menos a la misma altura. Pero a mí me gustó ella.

Empezamos a pasarnos papelitos. Bueno, en verdad, yo le escribí el primero de cómo te llamás, y otro de que si te dicen Sabri y el de yo me llamo Arturo como el rey. Íbamos a seguir con los papelitos pero nos llamaron al pizarrón para resolver unas cuentas. Hacían pasar a cinco chicos por vez y yo me apuré para quedar parado al lado de ella. ¡Y no sé para qué! Porque ahí empecé a arrepentirme... Cuando estábamos uno al lado del otro, la miré de costado para sonreírle y cuando Sabrina giró su cara me di cuenta de que sus ojos eran más altos que los míos.

¿Pero yo qué podía hacer si ya me había enamorado de antes?

Cuando la conocí a Sabrina ya era petisito, de nacimiento. A mi mamá nunca le decían qué grande que está el nene y ella tampoco se preocupaba ni me molestaba con que comiera verduras porque si no, no iba a crecer y todo eso. Mamá estaba acostumbrada porque mi papá siempre fue petiso y por eso jugaba al tenis en vez de al básquet, y ella misma siempre fue petisa y por eso se casó con mi papá en vez de con un alto; porque como dice mi abuela dios los cría y ellos se juntan. Y mis papás se habían juntado para tenerme a mí y me hicieron así, bajito.

Yo había escuchado lo de pegar el estirón por mis primos (y al principio pensaba que era algo contagioso, qué tarado, ¿no?) Ese día, cuando volví de la escuela enseguida le fui a preguntar a mi mamá que cuánto tiempo me quedaba. ¿Cuánto tiempo te queda para qué?, me preguntó ella. Y yo ni loco le decía que para estar con Sabrina. Entonces me quedé sin respuesta. Y eso fue mucho peor, porque desde ese momento, mientras más me enamoraba de ella más pensaba en que pronto, en cualquier instante, Sabrina iba a crecer de golpe como todos y no me iba a querer más como novio. Porque me olvidé de contar que Sabrina también se había enamorado de mí. Y que nunca me animé a decirle la verdad de lo que me iba a pasar, o mejor dicho, de lo que no me iba a pasar. ¿Para qué si ella un día se iba a dar cuenta sola al mirar para abajo?

Yo conseguía que pasáramos todo el rato juntos, menos en clase, porque no nos dejaban compartir el banco por charletas. Pero yo no podía perder tiempo: nunca sabía si al día siguiente ella iba a venir cambiada. Entonces me aprendí todo el lenguaje de señas de los sordos y se lo enseñé, y así nos hablábamos también en el medio de la clase.

Una vez, Sabrina me invitó a su casa después de la escuela, y la noche antes de mi visita tuve unos sueños horribles. Es que iba a tener que conocer a sus papás... me iba a dar cuenta de lo altos que ellos eran y se iba a agrandar eso triste que sentía cada mañana mientras esperaba que Sabrina entrara al grado. En el sueño pasaba que era el cumpleaños de ella y los padres le regalaban un collarcito para que nunca se lo sacara. Y Sabrina contentísima lo apretaba con su mano en el cuello. Y del collarcito estaba colgado yo, como un dije (así se le dice, ¿no?).

Igual me animé a ir a su casa, canchero como me había dicho mi papá. Pero nunca la invité a la mía. Porque yo ya sabía todo, pero si ella veía a mis papás, iba a ser un desastre.

Seguimos juntos hasta terminar ese año y no hubo ninguna sorpresa. Pasaron las vacaciones y volví a clase sabiendo lo que me esperaba. Al entrar al aula, Sabrina ya estaba ahí, parada. Había otros chicos también. Al principio estuve contentísimo, al verla no lo podía creer: ¡los dos seguíamos casi iguales de altura! Pero ella estaba rara conmigo. Y al final de esa semana me dijo que tenía novio: el chico nuevo, Fernando, que dicen que era un rey también. Sabrina se había enamorado de él.

Ni siquiera pude alegrarme cuando me di cuenta de que a Fernando los ojos le quedaban todavía más abajo que los míos. Es que todo ese año, me sentí mucho más bajito que nunca.